

TERRY PRATCHETT



EL PUEBLO DE LA ALFOMBRA

minotauro

TERRY
PRATCHETT

EL PUEBLO
DE LA ALFOMBRA

minotauro

El pueblo de la Alfombra

Título original: *The Carpet People*

Copyright © Terry Pratchett, 1971

First published as *The Carpet People* in 1992 by Doubleday Children's, an imprint of Random House Children's Publishers UK. Random House Children's Publishers UK is part of the Penguin Random House group of companies.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Lluís Delgado Picó, 2024

Adaptación de cubierta: Book&Look

Imagen de cubierta: Paul Kidby

Revisión: Balloon Comunicación

ISBN: 978-84-450-1874-3

Depósito legal: B. 13.905-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

PRÓLOGO

Se hacían llamar munrungs. Significaba «las personas», o «los auténticos seres humanos».

La mayoría de los clanes suelen adoptar esta denominación para empezar. Luego, la tribu conoce a otro pueblo y le endosa un nombre como «los otros», o, si tiene el día torcido, «El Enemigo». Bastaría con que se les ocurriese un nombre como «más auténticos seres humanos» para ahorrarse un montón de problemas posteriores.

Lo dicho no significa, ni mucho menos, que los munrungs fuesen primitivos. Según Hormiga, contaban con un vasto legado cultural indígena. Se refería a las historias.

Hormiga conocía todas las leyendas antiguas y muchas de las más recientes, y solía narrarlas ante toda la tribu, que lo escuchaba cautivada hasta que las hogueras nocturnas se desmoronaban y quedaban reducidas a montoncitos de ceniza.

A veces parecía que le prestasen atención hasta los pelos colosales que crecían al otro lado de la

empalizada de la aldea. Era como si se inclinasen para escucharlo mejor.

La historia más antigua también era la más breve. No la relataba a menudo, pero la tribu se la sabía de memoria. Era una historia que se contaba en multitud de lenguas distintas a lo largo y ancho de la Alfombra.

—En el comienzo solo había un llano interminable —explicaba Hormiga—. Entonces llegó la Alfombra y cubrió el llano. En aquellos tiempos, la Alfombra era joven y no había polvo entre sus pelos. Los pelos eran finos y erguidos, en lugar de torcidos y ásperos como ahora. Y la Alfombra estaba vacía.

»A continuación llegó el polvo, que cayó sobre la Alfombra, se abrió paso entre los pelos y arraigó en las sombras más profundas. Luego llegaron más motas, que cayeron con parsimonia y sin hacer ruido entre los pelos que las acogían, hasta que la capa de polvo que cubría la Alfombra se tornó gruesa.

»La Alfombra nos tejió a todos a partir de ese polvo. Primero aparecieron las pequeñas criaturas que se arrastran por el suelo y se cobijan en madrigueras o en lo alto de los pelos. Tras ellas llegaron los soraths y los barrenatramas, los piso-teadores, las cabras, los caramillos y los snargs.

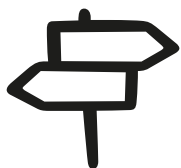
»Después de aquello, en la Alfombra hubo vida y ruido y, por supuesto, también hubo muerte y silencio. Sin embargo, en el tejido del telar de la vida faltaba un hilo.

»La Alfombra estaba repleta de vida, pero no era consciente de que estaba viva. Existía, pero no pensaba. Ni siquiera sabía lo que era.

»Y así fue como surgimos del polvo nosotros, los moradores de la Alfombra. Nosotros pusimos el nombre a la Alfombra y a las criaturas que la habitan, y así se completó el tejido. Fuimos los primeros en dar nombre a la Alfombra. Ahora ya sabía de su existencia.

»Aunque nos aplaste el Deshilachado, el gran odiador de la vida en la Alfombra, o nos engullan las sombras, somos el alma de la Alfombra, y eso es algo magnífico. Somos el fruto del telar.

»Por supuesto, todo lo dicho es metafórico, pero opino que es importante, ¿no os parece?



CAPÍTULO 1

La ley dictaba que, cada diez años, los miembros de todas las tribus del Imperio dumii debían asistir al Recuento.

No estaban obligados a hacer el largo viaje hasta Mercadeo, la gran capital. Les bastaba con acudir a la pequeña ciudad amurallada de Tregon Marus.

El Recuento siempre era un acontecimiento sin parangón. En cuanto plantaban las tiendas tribales al otro lado de las murallas, Tregon Marus doblaba su tamaño e importancia de la noche a la mañana. En la ciudad, el visitante encontraba un mercado ecuestre, una feria de cinco días de duración, viejos amigos con los que reencontrarse y un aluvión de noticias listas para ir de boca en boca.

También se celebraba el Recuento propiamente dicho, un proceso durante el cual se añadían

los nuevos nombres a los pergaminos ajados, documentos que al pueblo le gustaba pensar que luego se hacían llegar a Mercadeo, e incluso al mismísimo palacio del emperador. Los escribientes dumii anotaban laboriosamente la cantidad de cerdos, cabras y pisoteadores que poseía cada cual y, uno tras otro, pasaban a la mesa contigua y pagaban sus impuestos en pieles y cuero. Esa era la parte más impopular. La cola serpenteaba alrededor de Tregon Marus, entraba en la ciudad por la Puerta Oriental, atravesaba la porterna y los establos, cruzaba la plaza del mercado y desembocaba en la oficina del censo. Hasta los bebés más pequeños desfilaban frente a los escribientes, cuyas plumas se bamboleaban y arañaban sus nombres sobre el pergamino. Más de un miembro de una tribu acabó con un nombre gracioso tras tropezar con un escribiente con mala ortografía, y la historia contempla más casos de estos incidentes que los que cabría esperar.

El quinto día, el gobernador de la ciudad convocó a todos los jefes tribales a una audiencia en la plaza del mercado para escuchar sus agravios. No siempre actuaba para remediarlos, pero, al menos, así los escuchaba alguien. Además, el gobernador asentía mucho y, al terminar, los agraviados se sentían mejor, al menos hasta que regresaban a sus hogares. La política es así.

Así era como siempre había transcurrido el Recuento desde tiempos inmemoriales.

Finalmente, el sexto día, la tribu regresó a sus hogares por las carreteras que habían construido los dumii. Iban hacia el este y, a su espalda, la carretera continuaba en dirección oeste hasta alcanzar la ciudad de Mercadeo. Una vez allí, no era más que una de las muchas carreteras que se adentraban en la ciudad. Más allá de Mercadeo, la vía se convertía en la Carretera Occidental, que se iba volviendo cada vez más estrecha y sinuosa hasta alcanzar el puesto fronterizo de la Alfombra, el más occidental de todos.

Esos eran los dominios del Imperio dumii, que cubría casi toda la Alfombra, desde el Muro de Madera al páramo del norte, en las cercanías de Barnizolmo.

Al oeste, lindaba con la Tierra Virgen y los flecos exteriores de la Alfombra, y hacia el sur, las carreteras llegaban hasta la Tierra de Fuego. La gente pintada del Zócalo, los belicosos hibbolgs, e incluso los adoradores del fuego de Alfombra pagaban tributos al emperador.

A una parte de ellos no les agradaban demasiado los dumii, generalmente porque el imperio coartaba las pequeñas guerras y el cuatrерismo, que en las regiones periféricas constituían una especie de actividad recreativa. Al imperio le gustaba la paz. La paz implicaba que la población disponía del tiempo necesario para ganar dinero con el que pagar los impuestos. En general, la paz parecía funcionar.

Así pues, la tribu munrung se dirigió al este y se esfumó de las crónicas del Imperio durante

otros diez años. De vez en cuando, sus miembros se enzarzaban en alguna disputa interna, pero, en general, vivían en paz y evitaban implicarse demasiado en la historia, que tiene la mala costumbre de encargarse de que la gente acabe muerta.

Y entonces, un año, no se supo nada más de Tregon Marus...

El viejo Grimm Orkson, jefe tribal de los munrungs, tuvo dos hijos. Glurk, el primogénito, sucedió a su padre como cabecilla del grupo tras la muerte de Orkson.

Según la forma de pensar de los munrung, que era lenta y trabajosa, no podría haber habido un candidato más idóneo. Parecía una segunda edición de su padre, de quien había heredado desde los hombros anchos al imponente cuello grueso, el poderoso centro de su fuerza. Glurk era capaz de arrojar una lanza más lejos que nadie. También podía luchar cuerpo a cuerpo con un snarg, y lucía un collar de largos dientes amarillos de esas bestias para demostrarlo. Además, era capaz de levantar un caballo con una sola mano, de correr una jornada entera sin fatigarse y de acercarse tanto a un animal mientras pastaba que a veces sus presas morían del susto antes de que tuviera tiempo de alzar la lanza. No era menos cierto que movía los labios cuando reflexionaba ni que se le podían ver los pensamientos rebotando unos con otros como las albóndigas de

un guiso, pero no era idiota. No era lo que entendemos por ser idiota. Su cerebro acababa alcanzando su destino. Simplemente, llegaba a él por el camino largo.

—Es un hombre parco en palabras, y desconoce el significado de todas ellas —decían, pero solo cuando él no podía oírlos.

Un día, poco antes del anochecer, marchaba hacia su casa a través de claros polvorientos con una lanza de caza de punta de hueso bajo un brazo. Con el otro brazo sujetaba el largo palo que cargaba al hombro.

Un snarg con las patas atadas colgaba del centro del palo. Al otro extremo de la vara iba Snibril, el hermano pequeño de Glurk.

Como el viejo Orkson se había casado joven y había gozado de una larga vida, un largo trecho ocupado por una retahíla de hijas que el jefe tribal se había encargado de casar con munrungs decentes, respetuosos y, por encima de todo, acaudalados, separaba a los dos hermanos.

Snibril era un hombre delgado, sobre todo comparado con su hermano. Grimm lo había enviado a la estricta escuela dumii de Tregon Marus para que se formase como escribiente.

—Apenas es capaz de sostener una lanza —se lamentaba—. Puede que se le dé mejor sujetar una pluma. Así tendremos a alguien con estudios en la familia.

Tras la tercera fuga de Snibril, Hormiga había ido a ver a Grimm.

Hormiga era el chamán, una especie de sacerdote multiusos.

La mayoría de las tribus contaban con uno, pero Hormiga era distinto. Para empezar, se lavaba todas las partes del cuerpo que quedaban a la vista al menos una vez al mes. Era una costumbre infrecuente. Los otros chamanes tendían a fomentar la suciedad y abrazaban la creencia de que, a más roña, más magia.

Además, Hormiga no lucía un montón de plumas y huesos, y tampoco hablaba como el resto de los chamanes de las tribus vecinas.

Otros chamanes comían las setas con manchas amarillas que crecían en las profundidades de la espesura de pelos y chillaban cosas como: «¡Yeeeepacayeepa! ¡Yepayepayayay! ¡Unga! ¡Unga!», palabras que, indudablemente, sonaban mágicas.

Por su parte, Hormiga decía cosas como...

—Una observación cuidadosa, seguida de un meticuloso proceso de deducción y una visualización precisa de los objetivos, son elementos vitales para el éxito de cualquier empresa. ¿Os habéis fijado en que los pisoteadores salvajes siempre pasan por aquí dos días antes que los rebaños de sorath? Ah, por cierto, no comáis las setas que tienen manchas amarillas.

Las palabras de Hormiga no sonaban mágicas ni por asomo, pero funcionaban mucho mejor y conjuraban buena caza. De puertas para adentro, algunos munrungs opinaban que la principal res-

ponsable de la buena caza era su gran habilidad, y Hormiga alentaba este punto de vista:

—El pensamiento positivo también es muy importante.

Además, era el curandero oficial de la tribu, y todos coincidían (aunque a regañadientes, porque los munrungs respetaban las tradiciones) en que era mucho mejor que el último que habían tenido, cuya idea de la medicina se limitaba a arrojar un puñado de huesos al aire y gritar: «¡Yayaya! ¡Ungh! ¡Ungh!». Hormiga, en cambio, mezclaba varios tipos de polvos raros en un cuenco, preparaba píldoras con el mejunje y decía cosas como «Tómate una de estas antes de acostarte y otra si te despiertas por la mañana».

Y a veces ofrecía consejos sobre otras cuestiones.

Encontró a Grimm cortando leña delante de su cabaña.

—Nunca funcionará —declaró Hormiga, que se había materializado tras él con su sigilo habitual—. No puedes enviar a Snibril de vuelta a Tregon. Es un munrung. No me sorprende que intente escapar una y otra vez. Nunca será escribiente. No lo lleva en la sangre, hombre. Deja que se quede. Yo me ocuparé de que aprenda a leer.

—Si eres capaz de enseñarle, te lo agradeceré —dijo Grimm, y negó con la cabeza—. Es un auténtico misterio para mí. Se pasa el día deambulando como un alma en pena. Su madre era igual,

aunque, por supuesto, el matrimonio la volvió algo más sensata.

Grimm nunca había aprendido a leer, pero siempre lo habían impresionado los escribientes de Tregon Marus, que sabían grabar marcas en hojas de pergamino que les permitían recordar cosas. En cierto modo, aquello era un poder especial, y lo entusiasmaba bastante la posibilidad de que un Orkson ostentase ese don.

Así pues, Snibril asistió a la escuela del pueblo con los demás niños y aprendió números, letras y las leyes dumii. Le encantaba estudiar, y absorbía conocimientos como si le fuera la vida en ello. Hormiga solía decir que, a menudo, la vida de uno dependía de lo aprendido en sentido literal.

Además, por extraño que parezca, de mayor llegó a ser un cazador casi tan competente como su hermano, aunque tenían estilos dispares. Glurk acechaba. Snibril observaba. Según Hormiga, no es preciso perseguir a las criaturas de un lado a otro. Basta con observarlas el tiempo suficiente para localizar el lugar adecuado en el que esperar a que ellas vengan hasta ti. Casi todos los métodos para hacer algo son mejorables.

Cuando murió el viejo Grimm, lo enterraron junto a su lanza de caza en un túmulo cubierto de polvo de la Alfombra. Los munrungs no tenían ni idea de a dónde vamos al morir, pero no había ninguna necesidad de pasar hambre al llegar.

Glurk se convirtió en el jefe de la tribu y, como tal, sería el encargado de llevar a la tribu al

siguiente Recuento. Sin embargo, el mensajero que debía convocarlos para que comparecieran en Tregon Marus se estaba retrasando lo indecible, y eso preocupaba a Glurk. No tenía ninguna prisa por pagar impuestos, e ir a investigar activamente el motivo de la demora del mensajero parecía un pelo demasiado entusiasta, pero los dumii solían ser fiables, sobre todo en lo relativo a la recaudación de impuestos.

A pesar de las inquietudes, mientras su hermano y él marchaban de vuelta a casa aquel anochecer, no compartió con él lo que pensaba. Snibril gruñó y se cambió la vara de hombro. Era más bajo que su hermano, y estaba convencido de que acabaría siendo todavía más retaco si no podía soltar la carga durante un par de minutos.

—Tengo los pies en carne viva y las piernas arqueadas —protestó—. ¿Descansamos un momento? No pasará nada por parar cinco minutos. Y... me duele la cabeza...

—De acuerdo, descansaremos cinco minutos —cedió Glurk—. Pero ni uno más. Está oscureciendo.

Habían llegado a la carretera dumii y, algo más al norte, los aguardaba el Muro de Madera, su hogar y la cena. Se sentaron.

Glurk, que nunca perdía el tiempo, se puso a afilar la punta de la lanza con una piedra de amolar, y ambos hermanos recorrieron con la mirada la carretera, que reflejaba la tenue luz del anochecer. La vía seguía hacia el oeste y dibujaba una

línea reluciente en la oscuridad. Los pelos que la flanqueaban estaban cubiertos de sombras crecientes. La carretera había fascinado a Snibril desde que su padre le había dicho que todos los caminos llevaban a Mercadeo, porque aquello le había hecho pensar que esa carretera era lo único que separaba la entrada de su cabaña del umbral del palacio del emperador. Y si tenías en cuenta las calles y los pasajes que se desviaban de la ruta principal... Una vez que la pisabas, podías acabar en cualquier parte, y si te sentabas junto al camino a esperar, era imposible anticipar quién podía llegar a pasar por tu lado. Según Hormiga, todos los lugares estaban conectados con todos los demás.

Se llevó las manos a la cabeza. El dolor arreciaba. Se sentía como si le estuviesen exprimiendo el cráneo.

Además, ese día también había notado algo raro en la Alfombra. Les había costado cazar. La mayoría de los animales se habían esfumado, y el polvo entre los pelos no flotaba en aquel aire asfixiante.

—Esto no me gusta —dijo Glurk—. Hace días que no vemos pasar a nadie por la carretera.

Se levantó y se dispuso a recoger el palo.

Snibril gruñó. Tendría que pedir una píldora a Hormiga...

Una sombra resplandeció en lo más alto de los pelos y se desplazó raudamente hacia el sur.

Un ruido tan atronador que pudieron sentirlo en todo el cuerpo golpeó la Alfombra de un modo

tan repentino como aterrador. Los hermanos se arrojaron al polvo mientras los pelos de su alrededor gruñían y aullaban, azotados por el vendaval.

Glurk se aferró a la corteza áspera de un pelo y se enderezó, luchando contra la tempestad que lo sacudía. Muy por encima de su cabeza, la punta del pelo chirriaba y traqueteaba mientras, a su alrededor, los demás pelos ondeaban como un mar gris. Entre las fibras se abría paso una estampida de arenilla, pedruscos del tamaño de un hombre que medio rodaban, medio volaban, impulsados por el viento.

Glurk se agarró con fuerza al pelo con una mano, estiró el otro brazo y tiró de su hermano para ponerlo a salvo. Una vez juntos, se agazaparon mientras la tormenta rugía a su alrededor, tan azorados que eran incapaces de hablar.

Tan súbitamente como había llegado, el temporal viró hacia el sur y la oscuridad lo siguió.

Se hizo un silencio que retumbaba como una orquesta de gongs.

Snibril parpadeó. No sabía qué acababa de pasar, pero se había llevado la migraña consigo. Se le destaparon los oídos.

El viento enmudeció y oyó el repique de unos cascos en la carretera.

El sonido se intensificó muy deprisa y sonaba salvaje y temeroso, como si el caballo que lo producía galopase libre.

Cuando apareció, iba sin jinete. Llevaba las orejas hacia atrás y pegadas a la cabeza, y los ojos

verdes del animal centelleaban de puro pánico. El pelaje blanco del caballo brillaba por el sudor, y las riendas chasqueaban sobre la silla de montar con la furia del galope.

Snibril le salió al paso de un salto. Entonces, cuando la bestia pasó por su lado como una exhalación, atrapó las riendas, corrió un segundo junto a los cascos enloquecidos y se encaramó a la silla. Nunca supo de dónde había sacado el valor para hacer una gesta como aquella. Probablemente debía agradecerlo a una observación cuidadosa seguida de una visualización precisa de los objetivos. Simplemente, no había podido imaginarse no haciéndolo.

Entraron en el poblado a lomos del caballo amansado, que arrastraba el snarg tras la grupa.

La empalizada del pueblo estaba rota en varias partes, y los pedruscos de arenilla habían aplastado algunas cabañas. Glurk miró hacia la de los Orkson y Snibril oyó el quejido que escapó de sus labios. El jefe desmontó y caminó lentamente hacia su hogar.

O lo que había sido su hogar.

Los demás miembros de la tribu enmudecieron y se retiraron, sobrecoídos, para dejarlo pasar. Había caído un pelo, uno de los grandes, y había derrumbado la empalizada. La punta descansaba sobre lo que quedaba de la cabaña de Orkson, cuyo arco de entrada seguía valerosamente en pie

sobre un lecho de vigas y pedazos del techo de paja. Bertha Orkson corrió hacia él, rodeada de sus hijos, y se arrojó entre sus brazos.

—Hormiga nos ha hecho salir antes de que cayera el pelo —sollozó—. ¿Qué vamos a hacer?

Glurk dio unos golpecitos afectuosos a su esposa con aire distraído, pero seguía mirando fijamente la cabaña destruida. Tras un instante, trepó al montículo de runa y se paseó de un lado a otro.

Los demás guardaban un silencio tan sepulcral que oían el eco de cuantos ruidos hacía. Escucharon un tintineo cuando recogió la cacerola que había escapado milagrosamente de la destrucción, y la hizo girar de lado a lado, a la luz del fuego, como si fuese la primera vez que veía aquel diseño. Finalmente, la levantó por encima de la cabeza y la estrelló contra el suelo.

Glurk alzó el puño al cielo y maldijo. Maldijo por los pelos, por las cavernas oscuras del Tejido Inferior, por los demonios del Suelo, por el Tejido y por la Urdimbre. Rugió las Palabras Impronunciables y recitó el juramento de Retwatshud el Frugal, aquel viejo chalado, o eso decían, aunque Hormiga aseguraba que era una mera superstición.

Las maldiciones trepaban en espirales por los pelos del anochecer y las criaturas nocturnas de la Alfombra las oyeron. Los juramentos se acumulaban formando un pilar vertiginoso de terror vibrante.

Cuando terminó, el aire vibraba. Se dejó caer sobre las ruinas y se quedó sentado con la cabeza entre las manos. Nadie se atrevió a acercarse a él. Los presentes se miraron de reojo, y un par se estremecieron y escurrieron el bulto.

Snibril desmontó y se acercó a Hormiga, que presenciaba la escena apesadumbrado y abrigado con su capa de piel de cabra.

—No debería haber proferido las Palabras Impronunciables —opinó Hormiga, que casi reflexionaba en voz alta—. No son más que supersticiones, por supuesto, pero eso no significa que no sean reales. Ah, hola. Veo que has sobrevivido.

—¿Qué ha causado este desastre?

—Solían llamarlo el Deshilachado —respondió Hormiga.

—Pensaba que solo era una vieja leyenda.

—Eso no significa que no fuera cierta. Estoy seguro de que ha sido el Deshilachado. Para empezar, por los cambios en la presión del aire... y los animales lo han percibido... justo como decía el... —se detuvo a media frase—, justo como leí en alguna parte —se corrigió con cierta incomodidad.

Echó un vistazo a la espalda de Snibril y se animó.

—Veo que tienes un caballo.

—Me parece que se ha hecho daño.

Hormiga se acercó a la montura y la examinó minuciosamente.

—Es dumii, por supuesto —observó—. Que alguien vaya a buscar mi caja de hierbas. Mira aquí, algo lo ha atacado. No es una herida profunda, pero deberíamos vendársela. Es un animal magnífico. Realmente magnífico. ¿Iba sin jinete?

—Hemos subido un trecho a lomos del caballo, pero no hemos visto a nadie.

Hormiga acarició el pelaje suave del animal.

—Si vendierais todo el poblado y a sus habitantes como esclavos, puede que os alcanzase para comprar una cabalgadura como esta. No sé a quién pertenecía, pero se escapó hace algún tiempo. Lleva días viviendo en libertad.

—Los dumii ya no permiten tener esclavos —objetó Snibril.

—Solo pretendía dar a entender que es muy valioso —aclaró Hormiga, y se puso a canturrear distraídamente mientras inspeccionaba los cascos del animal.

—No sé de dónde ha salido, pero es indudable que lo montaba alguien. —Soltó una pata del caballo y fijó la vista en el pelaje—. Algo lo asustó, y no me refiero al Deshilachado. Sucedió hace días. Podemos descartar a los bandidos, porque también se habrían llevado el caballo. Además, los ladrones no dejan marcas de zarpazos. Un snarg sí le podría haber dejado una marca como esa si midiera el triple de su tamaño habitual. Madre mía. Lo cierto es que los hay de ese tamaño —comentó.

Oyeron un grito.

A Snibril le pareció como si la noche hubiese desarrollado una boca y una voz. El chillido procedía de los pelos que se alzaban justo al otro lado de la empalizada rota, y sonó como un chirrido burlón que perforó la oscuridad. El caballo reculó.

Ya habían prendido un fuego en el agujero de la empalizada, y algunos cazadores corrieron hacia él lanzas en ristre.

Se detuvieron en seco.

En la oscuridad del otro lado de la empalizada se distinguían una silueta montada y dos pares de ojos. Unos eran de un tétrico color rojo, y el otro par irradiaba un brillo verdoso. Miraban a los aldeanos sin parpadear por encima de las llamas.

Glurk agarró la lanza de uno de los hombres pasmados y se abrió paso a empujones hacia el frente del grupo.

—Solo es un snarg —gruñó, y arrojó el arma. La lanza golpeó algo, pero tan solo logró que los ojos verdes llameasen con más intensidad. Una garganta invisible emitió un rugido ronco y amenazador.

—¡Largo! ¡Vuelve a tu guarida!

Hormiga echó a correr con un palo encendido en la mano, y lo lanzó hacia los ojos.

Los ojos parpadearon y se desvanecieron, y el hechizo que inmovilizaba a todo el mundo se disipó con ellos. Los aldeanos gritaron y los

cazadores se adelantaron, avergonzados por el miedo que los había paralizado.

—¡Quietos! —gritó Hormiga—. ¡Idiotas! ¿Pensabais dar caza a esa cosa a oscuras con lanzas de hueso? Eso era un snarg negro. ¡No es como los marrones que conocéis por estos lares! ¿Conocéis las historias que cuentan de ellos? ¡Vienen de los rincones más remotos! ¡De las Regiones Sin Barrer!

Desde el norte, desde el mismísimo acantilado blanco del Muro de Madera, les llegó de nuevo el bramido de un snarg. Esta vez el ruido no se apagó progresivamente, sino que cesó de pronto.

Hormiga miró un segundo hacia el norte y después se volvió hacia Glurk y Snibril.

—Os han encontrado —les advirtió—. Eso es lo que ha traído al caballo hasta aquí, el miedo a los snargs. Y ese temor no es nada de lo que avergonzarse. Un miedo a los snargs como ese es una pura manifestación de sentido común. Ahora que han descubierto el poblado, no os podéis quedar aquí. Regresarán noche tras noche hasta que llegue el día en el que no seáis capaces de repeler sus ataques. Partid mañana mismo y, aun así, puede que sea demasiado tarde.

—Pero no podemos... —empezó a protestar Glurk.

—Podéis y debéis hacerlo. El Deshilachado ha vuelto, y después de él llegará todo lo que acontece tras su paso. ¿Entiendes lo que digo?

—No —admitió Glurk.

—Entonces confía en mí y ruega que nunca tengas que entender mis palabras —dijo Hormiga—. ¿Alguna vez me he equivocado?

Glurk reflexionó.

—Bueno, una vez dijiste que...

—¿Sobre algún asunto importante? —añadió Hormiga.

—No. Supongo que no. —Glurk parecía preocupado—. Pero los snargs nunca nos han dado miedo. Podemos ocuparnos de ellos. ¿Qué tienen estos de especial?

—Las cosas que cabalgan sobre ellos —contestó Hormiga.

—Es cierto que había otro par de ojos —recordó Glurk con incertidumbre.

—Son peores que los snargs —explicó Hormiga—. Y cuentan con armas mucho más peligrosas que los colmillos y las zarpas. Tienen sesos.